

LIBROS COLOMBIANOS RAROS Y CURIOSOS

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

V

ISAACS JORGE. (1837-1895).—*La Revolución Radical en Antioquia*—Bogotá. Imprenta de Gaitán. 1880. 13½ x 19½. p. 423.

Nadie ignora que Jorge Isaacs es uno de los escritores más populares, no solo en Colombia, sino en los países todos hispano-parlantes. Sin embargo, su bibliografía es de todo punto exigua, y su celebridad hállase fincada, de exclusivo modo, a una sola de sus obras, la inmortal novela romántica *María*, que, a partir de 1868, ha hecho llorar y soñar a todas las generaciones jóvenes de América, eclipsando, de paso, casi por entero, la producción en verso del poeta caucano, y, desde luego, otros escritos suyos, de diversa índole, los cuales solo se recuerdan en nuestros días, más que por sus méritos intrínsecos, como documentos humanos de valor para el estudio de la personalidad extraordinaria del novelista.

Entre ese linaje de producciones, hoy de valor simplemente arqueológico, se encuentra su extenso libro, *La Revolución Radical en Antioquia*, que constituye así mismo una verdadera rareza bibliográfica.

Se trata de una obra de polémica política, escrita en el desenfadado y virulento estilo periodístico de la época, en la cual se esforzó Isaacs por sincerarse ante la opinión pública del país, por causa de la intervención directa que le cupo en la revolución armada que dio de través con el gobierno de don Pedro Restrepo U. en el Estado Soberano de Antioquia.

Como todos, o la mayor parte de los hombres de letras colombianos del pasado siglo, Jorge Isaacs fue político beligerante, que luchó por el triunfo de sus ideas, no solo con la pluma, sino, cuando la ocasión se presentaba, también con la espada, y, desde luego, con inflamado verbo en la tribuna parlamentaria y en la de la plaza pública. Como hombre de partido, dio y recibió mortales golpes, que colmaron su espíritu de amargura y resentimiento, y que concitaron también contra él, la animadversión y aun el odio de sus adversarios políticos y de sus propios connilitones, a quienes sin duda hacía sombra la gloria del poeta.

Como es natural, Isaacs ocupó en la administración pública importantes cargos de confianza. De este modo, al promediar el año de 1877, lo

encontramos en Popayán, como Secretario de Gobierno del Presidente del Estado del Cauca, doctor Modesto Garcés, con beneplácito de sus amigos, pero no sin que algunos personajes influyentes lo mirasen mal. Entre éstos, el propio General Tomás Cipriano de Mosquera, quien había dicho de Isaacs que carecía del juicio y de la circunspección necesarios para desempeñar la mencionada Secretaría. Lo que motiva, a poco, la renuncia del cargo, y el ingreso de Isaacs a la Cámara de Representantes, donde promueve y sostiene acervos debates contra algunas iniciativas del gobierno del General Trujillo.

En 1879 encontramos a Isaacs en Antioquia, como Secretario de su amigo, el Presidente del Estado, General Tomás Rengifo, y luego, como redactor de *La Nueva Era*, periódico del que poseemos una colección en nuestra Biblioteca particular, verdadero panfleto político, escrito con ardencia y coraje.

Tiempos eran aquellos de incertidumbre política, de inseguridad estatal, precursores de revueltas, conmociones y golpes de cuartel. La Asamblea de Antioquia, dividida en radicales e independientes, no prestaba apoyo alguno al gobierno del Estado, cuyas iniciativas encallaban frente a la oposición de los diputados. Rengifo abandona más tarde el ejercicio del mando, y Pedro Restrepo Uribe asume la Presidencia de Antioquia, en su carácter de Designado, al comenzar el año de 1880.

Restrepo Uribe no logró estabilizarse en el mando. A los tres días de haberlo asumido, la guarnición de Medellín se amotina y el Presidente tiene que huir y ocultarse, para no caer prisionero. Un militar prestigioso, el General Ricardo Gaitán Obeso, se declara Jefe Civil y Militar del Estado, mediante Decreto de 29 de enero del año citado. Empero, el 31 del mismo mes, Jorge Isaacs asume la Jefatura de Antioquia, con el apoyo de las tropas, y se dedica febrilmente a cimentar su gobierno.

El mes de febrero del año 80 es para Isaacs de intensa brega, de violenta expectativa. Envía emisarios a Bogotá, para lograr el reconocimiento de su autoridad, por parte del gobierno Federal. Levanta tropas y recursos para perseguir a Restrepo Uribe, quien cae, por fin, prisionero, en el camino de Amalfi a Remedios. Y procura atender todos los frentes de su convulsionada jurisdicción territorial. No logra, empero, provecho alguno en ninguno de esos objetivos. Y tiene que dar su empresa por fracasada desde el instante en que el gobierno Federal, lejos de reconocer su autoridad, lo amenaza con una intervención armada, si antes no se ha apresurado a restaurar en el mando al señor Restrepo Uribe, reconocido por Bogotá como el único Presidente legítimo del Estado de Antioquia.

Sabiéndose perdido, Isaacs se sostiene, sin embargo, algunos días más, a la cabeza del gobierno que ha instaurado en Antioquia. Lo acompañan unos pocos adictos, entre otros, el General Gaitán y el Coronel Arana.

El 6 de marzo, en Rancho Largo, Isaacs suscribe un armisticio con Uribe Restrepo. Y, en la misma fecha, se ve compelido, el Jefe revolucionario, a suscribir otro, en San Lorenzo, con el Comandante en Jefe de la Columna de la Guardia colombiana en operaciones sobre Antioquia, destacada precisamente por el gobierno central, para que prestase apoyo al Presidente derrocado.

De este modo termina el precario y fugaz gobierno de Isaacs en Antioquia, cuyo proceso escribió el autor en el voluminoso libro que nos ocupa.

La obra se compone de treinta y ocho largos capítulos, de fatigante lectura, como que la mayor parte de ellos comprende la transcripción de documentos de toda índole, oficios civiles, despachos militares, proclamas, artículos de periódico, etc. etc. El estilo de los comentarios de Isaacs es vehemente, sarcástico, en ocasiones cruel. Se diría que huele todavía a la pólvora del combate. Para sus enemigos tiene frases de hondo desprecio. Los llama, por ejemplo, "pelotón de reclutas medrosos, desertores en campaña" (P. 34). En ocasiones, da rienda suelta a la pluma, y traza períodos grandilocuentes, en el peculiar estilo castelariano, tan del gusto de la época, como en este, tomado al azar que transcribimos con la ortografía modernizada: "...Diez años de lucha atroz y sin tregua, diez años de desvelos angustiosos, de sacrificios aniquiladores, de desafío a la muerte, de olvido de los seres más caros al corazón, de una corona de espinas para cada hora, de una existencia de amor, toda de amor para la República democrática y su pendón excelso; diez años de combate desesperado por avivar la luz que debe descender fecunda hasta los más oscuros antros de la conciencia de los pueblos esclavizados por la ignorancia; diez años de lid por la verdad y para la verdad, de olvido de todo placer, de aislamiento, de crueldades desapiadadas con nosotros mismos... aún no son ofrenda, no pueden ser todavía holocausto digno de tus altares, Libertad redentora: tu veste nívea está salpicada con la sangre del Cristo, tu diadema es su corona de agujones punzantes... Hasta hoy nada hemos hecho digno de tus miradas, ni de tus hijos dilectos, ni de tus recompensas...". (P. 50).

Hay pasajes que destilan profundo resentimiento, que revelan en el corazón del poeta heridas imposibles de cicatrizar: "Se nos llama extraños, huéspedes intrusos en el propio suelo de Colombia; hay hombres que nos quisieran expulsar de él, como si nuestra sombra dañara sus sembrados, como si nuestra voz perturbase su sueño, como si en nuestra pobre existencia necesitáramos de su oro, como si el pan de sus mesas hubiésemos probado, como si la luz que hacemos hubiese de incendiar sus palacios, como si nuestra voz pudiese levantar en marejadas rabiosas sobre ellos a los hijos de la miseria y del dolor...". (P. 51).

Hay páginas que contienen apartes sentenciosos y concisos, como estos: "La aristocracia de la sangre ha dado mucho qué reír en el mundo desde 1793 a esta fecha; pero los arranques del amo que *la Providencia* le ha deparado a Antioquia, rayan, por lo risible, más alto de lo que pudiera imaginarse. La aristocracia del dinero, ultraje a la inteligencia y a todas las virtudes humanas; el orgullo porque se posee mucho, el derecho de mandar porque se tiene harto oro en caja, es en pueblos regidos verdaderamente por instituciones democráticas, la más cómica de las quijotadas concebibles...". (P. 147). Y los que siguen: "Se puede nacer con alma de mendigo o de picaño sobre sábanas de batista, como nacen otros con almas nobles sobre un lecho de hojarasca seca en una choza mísera...". (P. 295/6).

En ocasiones, la pluma de Isaacs adquiere gracejo y festiva gracia, como en estas líneas, que se dirían escapadas de la picaresca española del siglo de oro, en las cuales describe, con gráfica precisión, un percance de

su adversario, el Presidente depuesto: "Algunos instantes después, el señor Restrepo, saltando tapias con agilidad vertiginosa, cayó en la huerta de una respetable señora, tía suya. Como la gente de la casa notara asedidos y pisoteos extraños por ahí en unos rosales, hubo de acudir con luces, pues aquel alboroto era más que de runchos.

—¿Quién anda allí? preguntó la señora. A ver, ¿quién está?

—Soy yo, tía, replicó en cuclillas el sobrino: soy yo, el Presidente constitucional del Estado Soberano de Antioquia.

La señora y sus criadas, entre sorprendidas y risueñas, se acercaron a sacar del sotillo al luchador a campo abierto, y él decía oyendo los últimos disparos en el cuartel:

—¡Escóndanme, por Dios! Sávenme, porque me matarán.

Vio un aljibe a mano: estaba casi lleno, mas sin vacilación, sin querer oír imprudentes consejos femeninos y prescindiendo de precauciones higiénicas, se zambulló de pies en el pozo y le cubrieron con tablas...

Dejémosle resollar una hora en la cisterna, que bien lo necesita el mísero, y séale fresca el agua entre tanto...". (P. 176).

Experto en el arte de describir caracteres, de mirar, con ojo avizor, lo que fuera digno de atención en el medio circundante, de adentrarse, con exquisito gusto, en el alma y en los elementos del folklor nacional, en medio de la prosa política de su libro, no es raro encontrar páginas de típico sabor costumbrista, como la siguiente, en la cual pinta de mano maestra el "troncho" antioqueño de mediados del pasado siglo, que equiva- le al aldeano presumido y hablador con el que es posible tropezar en cualquiera de nuestros villorrios colombianos: "...Quedaba la *tronchería*... ¡Qué palabra! ¡Y no hay otra que de la idea! Es de moderna invención, es un provincialismo medellinense, pero el hallador del vocablo una higa debió ganar por el invento. Bajo aquel calificativo caen los truhanes chistosos de villorio o de barrio, de bueno o mal pelaje, de condición alta o humilde, porque la torpeza y el vicio nivelan. El *troncho* padece un afán: el de ser reputado por jaquetón y muchacho de chiste, y aprovecha, sobre todo para eso último, la oportunidad de lucir los suyos en público: en las galerías o en las butacas del teatro, que para él es siempre gallera; al salir del templo las muchachas donosas y los beatos que las pastorean; en el figón y hasta en el hotel, apurando copas en medio de risotadas y barbulla; en los bailes de garrote y candil, porque a los aristocráticos no se arteven, o en ellos se replega a la barra, encogido y mudo en tanto que no humedece la sin hueso con algunas abluciones de aguardiente; en las tagarnias dominicales, caballero sobre mulo o corcel, correteando en los villares circunvecinos, y en fin, donde quiera que es contenciosa la autonomía de la sensatez y de la urbanidad, —como a la soberanía de los Estados sucede hoy—, allí gallardea el troncho, y allí lloran Carreño, el sentido común y el femenino pudor...". (P. 189).

Ninguna ventaja personal, pero sí muchos sinsabores y persecuciones sin cuento obtuvo Isaacs por causa de la aventura revolucionaria que encabezó en el Estado de Antioquia. La Cámara de Representantes, lo ex-

pulsó de su seno, como a su compañero de rebelión, Mario Arana, en un acto de abusiva y evidente extralimitación de funciones, que mereció el airado rechazo de un jurista de las calidades de don Carlos Martínez Silva. Y en el debate de la moción respectiva, objeto fue de alusiones desobligantes y desdorosas, por parte de algunos parlamentarios, como Luis Eduardo Villegas y Benjamín Palacio.

Isaacs reaccionó con vehemencia, retando a duelo a su ofensor. A propósito, cuenta: “El día 12 de abril, al saber lo que en la sesión de la Cámara de Representantes había dicho —atenido a su inmunidad— Benjamín Palacio, comisionamos al General Ricardo Gaitán para que le retase en nuestro nombre a un duelo a muerte, con súplica de obligarle, por cuantos medios fueran posibles, a admitir el desafío. Todo fue inoficioso, todo, y al General Gaitán le inspiraron desprecio y lástima las disculpas de aquel *caballero de camiseta y arreador*. Si hubiésemos podido suponer que tan medroso era el valiente tartamudeador de la Cámara de Representantes, no le habríamos honrado, por anhelo de castigarle, con un desafío nuestro. Perdónesenos el error cometido...”. (P. 411).

Años antes, en 1875, había sido objeto también de vehementes ataques por parte de sus adversarios políticos de su ciudad nativa, particularmente después de que dio a la estampa aquel sangriento panfleto volante, *Los Motilones*, que le granjeó al poeta la animadversión del conservatismo caucano. En corrillos y tertulíaderos, por lodazales de infamia fue arrastrado el nombre de Isaacs, a la sazón víctima de estruendosa quiebra comercial, que lo dejó literalmente en la ruina. Es infaustamente memorable el pasquín que, en la trastienda de una botica, formuló, con la pluma untada en vitriolo, el doctor Primitivo Sinisterra, que, en su integridad, dice de esta manera:

RECETARIO

Para curar quebraduras

Tómese:

Corteza de Guayabo Negro.....	4 onzas
Raspadura de Infante.....	1 onza
Flores de ilusión pecuniaria.....	2 drac.
Agua del Fraile.....	2 litros

Hágase hervir al baño “María”, vertiendo poco a poco una dracma de *Tintura de Parrismo*. Déjese reposar y fíltrese.

Contra la canina

Tómese:

Bálsamo de recompensas.....	150 gotas
Conserva añeja de motilones.....	1 onza
Jarabe de plagios.....	4 drac.
Extracto alcohólico de vanidad.....	C. S.

Mézclese, agregando unas pocas gotas de ambición condensada, para aromatizarlo. Consérvese bien corchada, para tiempo de elecciones. Hágase ejercicio diario visitando las escuelas públicas; y tómese por agua ordinaria, cocimiento de impuestos municipales.

EFRAIN

NOVIEMBRE 14 DE 1875

Salta a la vista, para quienes conocen la biografía de Isaacs, la proclive intención de quien redactó el panfleto.

Y apena el pensar en que un hombre como Jorge Isaacs, llamado, por su alto numen, a vivir siempre en función de poesía y de belleza, hubiese dilapidado sus excelencias espirituales en empresas políticas de tan precario alcance como esas en las que se vio envuelto, y en la redacción de obras como *La Revolución Radical en Antioquia*, que no añaden ni un átomo a la densidad específica de la literatura nacional. Claro que sí a la sociología colombiana, como testimonio del estrago de la política partidista en temperamentos como el de Isaacs, nacidos para más altos destinos.
